

La ciudad y el viento

Mi primer sueño con la ciudad fue algo morboso. O quizás sea extravagante el adjetivo adecuado, lo importante es que no era común que yo soñara siquiera.

La ciudad estaba desierta. Muerta.

Ominosas sombras poblaban el lugar construido sobre arcana arcilla roja; las destartaladas casas de madera se agitaban con éxtasis movidas por el viento. Se podría decir que el viento era el único habitante del lugar.

El viento.

Sí, en la ciudad el viento tenía vida propia.

En cada oscuro callejón, en cada camino polvoriento donde el suelo rojo parecía teñido de sangre, el viento silbaba, jugaba, danzaba un infinito vals de pequeños remolinos junto a las sombras.

Vagué por sus calles infinitas, desoladas como el corazón de un poeta, temiendo que de las oscuras aberturas de las casas de madera algo saliera en mi busca, justificando mi presencia en esa eterna pesadilla.

Siempre escuchaba tenues susurros, como de labios hechos de papel, leves quejidos amortiguados provenientes de las sombras que se acomodaban por doquier, aullidos nocturnos cuya procedencia prefería no conocer.

Al principio, temí que los verdaderos habitantes, aquellos que yo nunca encontraba, fueran las sombras, que éstas tuvieran una consciente vida y me acechasen esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre mí extendiendo sus dedos negros e inarticulados, ahogando mi garganta con su obtuso vacío.

Pero no.

He dejado de temerle a las sombras a medida que tuve con más frecuencia mis sueños.

A veces, aunque suene increíble, estoy parado contemplando desde un balcón como los edificios de pulidos cristales y efímero esplendor nacen como tallos secos del suelo gris, me asalta la somnolencia y me acuesto en una cama con mantas de colores vivos bien abrigadas; ni bien logro cerrar los párpados me encuentro abriéndolos de nuevo en el sucio suelo de esta ciudad muerta.

Me limpio la cara con una mano callosa y de nuevo deambulo en las sombras, como una Mary celeste humana.

¡Cómo odio esos sueños!

Al principio, no pienso negarlo, me agradaban.

Pero con el paso del tiempo, hasta lo extraño cuando se hace regular pierde su encanto. Incluso, ahora detesto el momento del sueño, otrora esperado con ansias por mí, por el hecho de que la ciudad de mis sueños parece más real a medida que la recorro más con mis paseos.

He dicho que deje de tener miedo a las sombras, lo cual es cierto, sin embargo, un horror vago se cierne sobre mí, como un crepúsculo amenazante.

El viento.

Susurra mi nombre, una y otra vez, luego calla y hace que la quietud ominosa del pueblo sepultado en oscuridad me haga estremecer. Sus silbidos de alma en pena suenan inesperados a mi espalda, sobresaltándome; y cuando giro y paso la mirada barriendo la calle...

Nada.

Solo el leve chasquido de lo que interpreto como una irónica carcajada, como la sádica burla de un predador que juega con su presa ya herida.

Me quiere alterar.

Alterar la vida a alguien que no sabe quien es(o quien fue), donde está, ni siquiera “cuando” está...

¿Seré acaso un pensamiento?

¿Existiré sólo en la mente de un hombre que mata su tiempo imaginándome en esta pesadilla?

¿O deberé buscar una respuesta en este laberíntico pueblo decadente?

Preguntas.

Filosofía de vida inútil (¿alguna filosofía no lo es?), no debería atosigar mi mente con preguntas cuando sé indescifrable las respuestas.

¡Ah!, pero quizás esté en la ciudad de mis sueños la salida de esta quimera.

Abro los ojos, y allí está, tendida a mis pies como una fiel mascota, como un mar de piedra y vidrio rectangulares, acariciado por la luz de una esfera dorada(cuyo nombre no recuerdo), que sublime, extiende su manto de rayos dorados, como un padre diseminando a sus hijos...

Estoy de pie en un balcón que se asoma como una quijada a la ciudad.

La altura me nubla la vista.

Sé que no estoy verdaderamente en mi cuerpo, aunque no conozco mi reflejo y aquí tampoco hay un lugar donde pudiera verme.

No saldré del balcón.

Tengo un papel en mis manos(o sus manos) y puedo leer solo el encabezamiento, ya que el resto del papel está doblado. No recuerdo donde aprendí a leer, en los

últimos días la monotonía de mi vida-sueño me hizo olvidar de muchas cosas.

Incluso mi nombre.

Hay una sola palabra escrita, y tiene un ominoso poder, que hace estremecer el cuerpo que ahora habito.

“NOTIFICACIÓN”

Siento un nudo en mi garganta y busco en un bolsillo de mis extrañas ropas un trapo para llorar en él.

Despierto.

Sueño.

El viento.

Dios mío, el viento chilla como loco, expectante de triunfo.

Me levanto de mi lugar en el piso, la arcilla roja cubre la mitad de mi cara y siento como el viento lo lame como si fuera mi sangre.

Empiezo a correr desaforado.

Soy una brizna más de pasto acarreada por el viento.

Hasta que me agoto y aún así sigo, primero a gatas despellejándome las rodillas, y luego arrastrándome, huyendo de la nada y del horror abominable que ella oculta.

Duermo.

Despierto.

Está(estoy) parado en la baranda del balcón, paseando de un lado a otro, viendo como allí abajo, muy lejos, se va acumulando gente, gente a la que no puedo verles el rostro.

El viento, oh Dios, el viento me acaricia todo el cuerpo, el papel(la NOTIFICACIÓN) baila en una mano hasta que una ráfaga subrepticia lo arranca como si fuera una flor muerta en un vendaval.

Última visión.

El viento me empuja, no con suavidad, sino con la fuerza de una mano gigantesca, malvada, corpórea.

Me sobresalto(no recuerdo si había estado riendo o llorando, pero sé que un gesto de auténtico asombro azota mi cara) y trastabillo hacia el vacío, hacia el infinito, hacia el mar de rostros sin nombre. Me desmayo.

Mi último recuerdo... es el viento.

Es decir, el verdadero rostro del viento.

Una corriente negra, como sábanas superpuestas de aire oscuro, abrazándome con sus terribles brazos.

Un rostro abominable.

El rostro de un ser inmortal enloquecido por el implacable paso del tiempo.

Susurra palabras en mi oído, palabras artificiales como salidas de una caverna profunda:

- Disfruta- dice- que en la esencia de lo efímero, en el placer de fenecer, está la virtuosidad de la vida...

Pierdo la conciencia.

Despierto con el cuerpo descansando en el duro suelo de arcilla roja, y sonrío... y lloro.

Descubro mi alma inmortal y suplico al Cielo que algún día la pesadilla termine...